VIII

No sé qué año fué, pues de esto no ha tomado nota la historia, pero estoy seguro que lo que á seguida se referirá ocurrió una mañana de Junio, entoldada y muy fría, en aquella última pieza del barracón de Patrick, escritorio sin lumbre, ni estera, ni burletes defensores de rendijas, que no tenía más menaje y adorno que una mesa de pino y tres sillones de cuero, desconchado del roce, dos picos de gas, cuyas pantallas verdes mostraban señales de quemaduras, un almanaque debajo de un reloj pobrísimo en la pared cubierta de papel feo y viejo, un palanganero, y dos vasos sobre una ban-

deja de latón barnizada de negro, objetos todos contemporáneos de la fundación del aserradero, sin excluir aquellos más frágiles, condenados por lo mismo á corta existencia, pero que en poder de Mr. Patrick adquirían longevidad extraordinaria.

Max, como de costumbre, había entrado á las ocho, registrado la correspondencia, echado un vistazo al patio, donde empezaba la carga y descarga de los carros, firmado varias cartas que el secretarillo le presentó y dos cheques del cajero; luego, paseó un poco para calentarse los pies, golpeando las baldosas: delante de los cristales de la puerta, alguno ausente y substituído por un trozo de periódico, miró el trajín de los mozos, desnudos los vellosos pechos y las piernas á pesar del frío, y entre tanto decía en su lengua:

—Las ocho pasadas y no viene. Es la primera vez que sucede.....; en tantos años es la primera vez que se retarda.

¡En tantos años! Bruscamente, de una idea saltó á la otra, á la del tiempo consumido en el establecimiento, la mitad de su vida, desde el día que entró como peón de aserrar, hasta que, corriendo la escala grado por grado, llegó á la categoría de socio; lucha empeñosa que no dejó huellas en su espíritu, nunca más valiente y audaz, porque el combatir con éxito entona y da nuevas fuerzas, pero que, de creer al espejillo móvil del palanganero, aunque de mala clase siempre franco en decir la verdad, había señalado con arrugas y canas el paso de las emociones sufridas. Max suspiró, y levantando sus robustas manos de conquistador, respuesta á secreto pensamiento que se derivaba de todos los demás, murmuró entre sus bigotes ya grises:—*Et encore*....., es decir, que algo faltaba aún, el coronamiento de la obra, la última victoria de la feliz campaña de tantos años: ser el amo único, el patrón indiscutido.....

Dieron las ocho y media, y el singular retardo de Mr. Patrick le preocupó de nuevo. ¿Se habría agravado del reuma? La tarde anterior se despidió diciendo que sus

piernas «estar ya muy cansadas» y solicitaban la jubilación que merecían sus largos servicios.

—Ellas querer ser llevadas—añadió—y encontrar demasiado pesado el tronco. Y si ellas negarse á cumplir su deber, yo quedar en casa sin remedio.

Max se puso á despachar los asuntos de mayor urgencia, llamó al secretarillo y le dió órdenes; salió al patio, abrigada la cabeza con una gorra de paño, y echó un segundo vistazo á la operación de contar los sacos de cal y las parejas de ladrillos ¡Uy, qué frío hacía! Se metió transido en el despacho, zapateando y restregándose las manos..... ¡Las nueve! De fijo las piernas de Mr. Patrick se habían negado á conducirle al aserradero, y no bastó toda su inflexibilidad británica para que los miembros rehacios obedecieran. Verdad era que Mr. Patrick bajaba la pendiente de los sesenta demasiado aprisa, y estaba el pobre señor ya machucho, y lo que es peor, decaído de ánimo.

En esto oyó Max que hablaban en la pieza vecina, ocupada por el secretarillo, que con su apestosa fumarreta pretendía, sin duda, remediar la falta de chimenea, y al punto, entre la nube de humo que por la puerta se coló al abrirse sin permiso, vió el francés al germano Franz Blümen, de luengo abrigo de pieles, corbata roja con una gruesa perla, de legítimo oriente, guantes de cabritilla, botas de charol, en la mano un bastón de retorcido puño de plata y en la cabeza este chisme largo y estrecho que llaman unos *chistera*, los portugueses denominan *cartola* y que nosotros, sin saber por qué, apellidamos *galera*, la cual acudió á recoger la mano cortesmente, descubriendo los tres pelos altivos en lo alto de la calva.

—¡Mi buen amigo Blümen!—exclamó Duseuil.

—¿No está Mr. Patrick?—preguntó algo contrariado el Bismarckito.

—Todavía no ha llegado, pero vendrá... Supongo que vendrá, si es que sus pierna

se lo permiten, porque sabrá usted que el reuma le tiene muy castigado.

—¡Ah, el reuma! ¡Mala cosa el reuma!

Se sentó á instancias de Max, sin disimular la contrariedad de la espera ni abandonar el flamante sombrero de copa, porque notó en los muebles evidentes síntomas de poca limpieza; y con la excusa de no molestar, eludió la explicación de su visita matutina.

—Si es cuestión de negocios,— insinuó Max—no necesita usted esperar. Me lo dice usted á mí, y punto redondo.

—No, no; es cuestión personal, *absolutamente* personal.

Recalcó el adverbio, para librarse de importunas curiosidades; y entre tanto, Max admiraba lo cepillado y lucio de su persona, su elegante vestir y lo distinto que parecía de aquel Bismarckito del fondo, su antiguo vecino. La admiración le arrancó esta pregunta ociosa:

—¿Se adelanta, eh?

—¡Oh! Sí, ciertamente—contestó Franz.

Desde que se separó de la sociedad de Barbado, parecía que la diosa Fortuna le había prestado su rueda; de tal manera marchaba veloz y sin tropiezos. No que no adelantara también con Barbado, al contrario, ¿de dónde sacó el capital? ¿de dónde sus relaciones comerciales?..... Pero, acaso porque el negocio fuese lento de suyo, ó porque la sociedad supone mayores trabas, lo cierto es que todo fué meterse en la Bolsa, y subir, y subir. Sus colegas, el veterano Rocchio y otros, se asombraban de verle sortear peligros sin perder la cabeza, de que no le arrastraran los que caían, y entre las víctimas de cada krach quedara él sólo de pie, imperturbable. Rocchio no sabía, y no sabían los otros, que su sangre fría, su fino olfato, su larga vista, su intuición del peligro y su conocimiento de la plaza, eran excelentes auxiliares y legítimos valedores; de modo que lo que ellos caprichosamente llamaban *suerte*, era *pericia* lisa y llana. La satisfacción de sí mismo coloreaba un poco las amarillosas mejillas de Franz, y hasta

en su manera de hablar, de atusar la felpa del sombrero reluciente, de echar mano á la perla de la corbata, con el pretexto de enderezarla, de sacudirse las pelusillas del gabán nuevecito, se observaba cierta afectación de advenedizo, que no domina aún su papel y á quien la curiosidad del público molesta y perturba, afectación que, en ocasiones, era soberbia mal disimulada, pueril vanidad de deslumbrar y sentirse admirado, relampagueando en el globo incoloro de sus ojos.

—Pero sabe usted que también Barbado.....—dijo Max,—Barbado se va á las nubes: de su fábrica no se diga, que tiene cimientos de piedra. Hablo de los negocios de terrenos, que le han salido como una seda..... ¡Veinte mil nacionales líquidos! á partir conmigo. ¡Diablo de hombre! Es un hurón para los negocios.

—Sí, ciertamente—afirmó Franz,—usted también, señor Duseuil... .

Hizo Max un gesto que significaba modesta aceptación del piropo recibido, y que-

dó sacudiendo la cabeza..... embargándoles á ambos la idea grandiosa de la extraña tierra que sabía asimilarse tan diversos elementos y al calor de su seno transformarles prodigiosamente.

De pronto, el Bismarckito sacó el reloj, un enorme cronómetro de oro, con mucho sonar de la cadena y el pendiente relicario, y se levantó seguidamente, «porque mister Patrick no daba muestras de llegar, y el tiempo le venía escaso.» Otra vez se puso á la defensiva de importunas curiosidades, repitiendo lo de *absolutamente personal* con que cerró la puerta á toda pregunta del francés, y agregó que se iba á casa de mister Patrick, saliendo muy soplado, pisando fuerte y dejando á Max perdido en conjeturas acerca de los motivos de la visita, la reserva y los tiros largos del pachorrudo germánico.

Le distrajo de su embobamiento la entrada de un jovencito pelirrubio y afeminado, en quien reconoció al hijo mayor de Mr. Patrick, William, quien le anunció «que

papá no venía porque estaba mal de su reuma, y que decía papá que tan pronto como se desocupara fuera á verle.»

—Dile á papá que voy en seguida—contestó Max.....—Oye, William, ¿no es nada grave? Bueno, hasta luego.

Por más listo que quiso andar, hasta las diez no pudo desentenderse del complicado tejemaneje de empleadillos, peones, cargas, despachos y recibos; mandó un recado á madama Clémence para que no le esperara á la hora fija del almuerzo, si acaso la conferencia con el socio se alargaba, y se marchó, bien abrigado en su *ruso*, de hongo y sin bastón, por no enfriarse las manos.

Vivía Mr. Patrick (y debe de vivir aún, si Dios no le ha llamado á sí) en la calle de la Piedad, en casa propia, con pretensiones y aires de palacio, si bien alquilados los bajos á depósito de vinos y almacén mayorista, algo que rebajar tuviera de ellas, á pesar de su escalera de mármol, de sus balcones de balaustres, columnas, historiadas cornisas y amplio frontis pintado al óleo,

de color de chocolate. Subía Max ágilmente la escalera, cuando tropezó con el Bismarckito, que bajaba, y no tuvo tiempo de excusarse ni de mirarle, porque el otro se escurrió con celeridad impropia de su temple..... Pero, señor, ¿qué le sucedía al Bismarckito?

Abrió á Max una muchacha, atildada con blanco delantal recién planchado y cofia de volantitos, y lo mismo fué verle, que exclamar alegremente:—Señor Duseuil, pase usted..... brindándole sonrisa amistosa, de la que el normando no hizo caso; y, como pasara sin contestarla, ella insistió.—Señor Duseuil, ¿no me conoce usted? ¡Anda! si era Encarnación, Encarnación, la criadita de Andillo, hecha una mujerona, muy guapota y colorada.

—¡Demonio!—dijo Max.—¡Hace tanto tiempo que no te veo.....! En las pocas veces que aquí he venido, me ha abierto el mozo, ese inglesón, que parece un granadero. ¿Está buena tu señora?

Dando matraca con cien preguntas im-

pertinentes, guióle Encarnación al través de dos salones recargados de lujo y escasos de gusto, y le llevó hasta una cerrada puerta, detrás de la cual sonaba agrio refunfuño, mezclado á risas alegres, y dijo la doncella, golpeando con los nudillos:

—Está de un humor el patrón, que no deja parar á nadie.

Volvió el pestillo al mismo tiempo y empujó la hoja con tal precipitación, que la persona que reía y tenía, sin duda, sus motivos para ocultarse, no lo pudo lograr, y dejó prendida la cola de su bata color de rosa en la puerta por donde escapar quería, renovando el percance las risas de la prisionera, corriéndose Max, asustándose la muchacha y arreciando el malhumor del asendereado señor, que en una *dormilona* aparecía forzadamente espatarrado, cargado de mantas y de bilis.

—Si es Duseuil—exclamó Mr. Patrick, —María Cleofé, poder venir. ¡Diablos de mujeres! Siempre calentar cabeza á los hombres. Entrar, Duseuil, sentarse.....

¡Ah! Muy mal, yo estar hidrófobo, Duseuil.

La alegre prisionera libertó su cola rosada de la trampa, y María Cleofé presentóse en el despacho, de trapillo, con enroscados papelitos en la frente, bastante fea por el desaliño matinal, la cuarentena en que frisaba ó el exceso de grasa que había criado. Se excusó Max de su entrada improvisa, tronó Mr. Patrick contra *estos mujeres*, que todo lo revuelven, y la señora, graciosamente, atajando la carcajada con la mano llena de sortijas, puso término al incidente:

—Es que..... Duseuil, usted es de confianza, y poco me importa la sorpresa. Yo creí que volvía el señor Blümen, y francamente, no habría podido resistir..... porque, ¡tiene gracia, Patrick! ¿Le cuento al señor Duseuil la embajada del señor Blümen? Déjame que la cuente: es de perecer de risa.

Rezongó el británico, sin que pudiera colegirse fuera el gruñido muestra de asen-